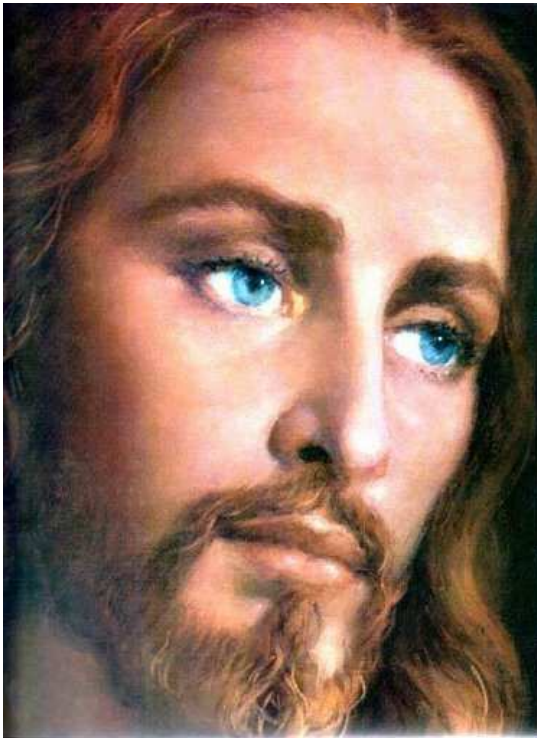


"Me has seducido, Señor, con tu mirada"

Testimonio de Sor Ana M.



Sentí la llamada ayudando en el voluntariado de San Juan de Dios. La mano providente de Dios estaba ahí. Aparentemente lo tenía todo. Trabajaba, estudiaba, tenía novio. Era "feliz".

Durante mi infancia tuve una formación religiosa muy buena, mi madre me transmitió esa fe sencilla que formó parte de mi crecimiento espiritual. En el periodo de mi adolescencia todo aquello no lo vivía. Los amigos, el ambiente en el que me desenvolvía en esos momentos me alejaron de los sacramentos y de los ejercicios piadosos. Fue una etapa difícil en la que me preguntaba: ¿Para qué todo esto? ¿De qué me sirve?

Al visitar la clínica de San Juan de Dios, me impresionó mucho ver esos niños y jóvenes capaces de sonreír ante el dolor y la enfermedad e incapacidad física, lo cual marcó mi vida; desde ese momento, sentí que el Señor me pedía algo.

Dios iba quitando todo aquello que pudiera apartarme de El, como fue el dejar de ver a mi novio dos años, mientras realizaba el servicio militar en la capital. Empecé a retomar aquellas prácticas religiosas, frecuencia de los Sacramentos; todo esto fue una gracia muy especial, el poder volver a mi madre la Iglesia, ¡Qué feliz era! Sentía la voz de Dios con más fuerza, aunque yo resistía, pero las palabras de Yahvé dichas a Moisés me interpelaban: "He visto la aflicción de mi pueblo, conozco sus sufrimientos" (Ex. 3, 9 ss) Comenté a un Hermano de San Juan de Dios, en quién tenía mucha confianza, lo que me estaba pasando, este me dijo claramente, que Dios me estaba llamando. No quise escucharlo, me sentía incapaz de oír, no sabía nada... y me aleje un mes de la clínica.

Durante este tiempo pasaron muchas cosas; mi novio volvió del servicio militar y me habló de los preparativos de boda. Le dije claramente que Dios me estaba llamando, que a el no le quería como lo esperaba, que era mejor terminar. Yo tenía 20 años,

pensaba en el daño que le hacía, pero a la vez sentía una gran paz dentro de mí al tomar la decisión de seguir al Señor, sin saber aún ni cómo ni donde, pero yo quería seguirle.

Regrese a la clínica y me disculpé con el Hermano y le pedí ayuda, ya que a mi madre no le había dicho nada y no sabía como decírselo, pero estaba decidida a responder a esta llamada del Señor. El Hermano me dijo que orara y presentara esta ofrenda ante el altar, que no tuviera miedo, pues el que me llamó no me abandonaba.

Terminé los estudios y un día hablé con mi madre sobre mi vocación, ella se enfadó y me dijo que yo era egoísta y que quería escapar del mundo y de la realidad; el Señor me dio valor para no llorar y sólo le dije: "con permiso o sin el quiero ser religiosa y si le hago daño, mamá, con mi decisión, perdóname." Ella me abrazó sin decir nada.

Se presentó la oportunidad e hice una experiencia con unas Religiosas. Su misión muy bonita, pero no era lo que el Señor me pedía. Regresé a casa, pidiéndole al Señor la luz para ver donde quería que le sirviera como religiosa.

Un día en mi parroquia encontré dos folletos vocacionales, de las Hermanas de la Caridad y de las Siervas de María, pensé que ésta era la mía, les escribí a los dos, pero sólo me contestaron las Siervas de María, me invitaban a una experiencia; yo feliz, le comuniqué a mi madre que me iría y aunque le costó, me ayudo a preparar todo y me fui.

El 2 de diciembre llegue a las Siervas de María, la Madre Superiora me recibió diciéndome: "bienvenida a la casa del Señor", lloré de emoción. Después de un año, pasé al postulante, pero me invitaron a hacerlo en España. Quedé perpleja por la noticia, pero dije: "Si es lo que el Señor quiere, iré". Me abandoné a su voluntad, con alegría y con la confianza puesta en EL.

Comenzamos en España 5 postulantes, al llegar a la Casa Madre en Madrid y postrarme ante los restos de nuestra Fundadora Santa M^a Soledad Torres Acosta, me emocioné y sentí fuertemente su espíritu y la fuerza del Señor en todo momento.

Terminado el periodo del Noviciado hice mi Profesión de Votos temporales y fui destinada a la Comunidad donde siempre me han acogido con amor fraternal.

Sigo las etapas de mi formación compaginando estudio y el apostolado con los enfermos. La comunidad va conmigo siempre, no me siento sola; ahora veo que el Señor me llamó y me invita a disfrutar de EL. Quiere que me identifique con su amor, porque me ama y me pide amar. ¡Bendito sea Dios por todo, a El honor y gloria por siempre!

Sor Ana M.